

Levante EMV - 22 de Marzo de 2003

## **Agua para el futuro.**

Enrique Cabrera - Universidad Politécnica de Valencia

Con el lema Agua para el Futuro hoy, como cada 22 de marzo, se celebra el día mundial del agua. Con la que ha caído este año y la que queda por caer, no debiera ser la celebración que nos trae el rutinario devenir del tiempo, una doble celebración pues también el 2003 ha sido designado año de las aguas continentales. Reconforta constatar la importancia que otorga Naciones Unidas a sensibilizar a la opinión pública sobre la fragilidad del máspreciado recurso natural. Pero no conviene olvidar que estas celebraciones se establecen bien por intereses comerciales, bien para introducir un punto de inflexión en una marcada tendencia negativa. Siendo éste el caso, bueno sería que el día mundial del agua perdiera pronto su razón de ser.

Un día mundial del agua que se establece en el ocaso del siglo XX, siglo con el que cambia el manejo del agua que hasta entonces la humanidad ha visto. De la mano de la ingeniería civil, a la que dicho sea de paso tanto debe la Sociedad, la política del agua del siglo XX conocerá tres etapas. La primera, la de la gestión de la cantidad (o gestión de la oferta) nace con imponentes obras, antaño impensables, que permiten almacenar enormes volúmenes de agua y aumentar su disponibilidad. Se generan grandes expectativas, pero pronto aparecen efectos secundarios.

Todo uso (urbano, agrícola o industrial) degrada la calidad del agua y la del medio receptor al que se devuelve. El aumento de la contaminación, ligado al desarrollo, es el origen de la segunda etapa que, con el apoyo de la ingeniería química, va a conjugar cantidad y calidad.

Esta segunda etapa ve un espectacular crecimiento económico que somete al agua a tensiones brutales, evidenciándose pronto la necesidad de un cambio. Tal es el origen de la tercera etapa, la de la ingeniería medioambiental, mucho más pluridisciplinar que las precedentes. Ya no se trata de doblegar la Naturaleza sino de adecuarse a ella. Y así nacen los conceptos de impacto ambiental y desarrollo sostenible, hoy presentes en los dichos y ausentes en los hechos. Y es este divorcio entre dichos y hechos el que trata de acortar el día mundial del agua. Porque, cual certifica cada tres años el Foro Mundial del Agua estos días reunido en Kyoto, la degradación del recurso hídrico por la acción humana no está encontrando el necesario freno.

La Comunidad Valenciana, con muchos dichos y pocos hechos, no es una excepción. Estamos ganando el futuro, escuchamos; mientras el punto de mira hídrico sólo alcanza al 25 de mayo. Nos llegan mensajes muy simples, de hondo calado social, ayer válidos hoy desfasados. A unos les falta agua mientras a otros les sobra. Y puesto que disponemos de tecnología (antaño no) trasvasémosla para satisfacer el ancestral anhelo. Un argumento del que se sustrae la letra pequeña a la que después me referiré. El partido político en el poder, cualquiera que sea, abandera este discurso mientras quien se opone, tratando de evitar el éxito del adversario, ejerce de tal pero, por miedo a perder votos, no muestra firmeza en el empeño. Y ya en el colmo de la hipocresía, subraya la letra pequeña que evidencia que no es oro todo lo que reluce, mientras le insta a que ejecute las obras con la mayor brevedad y, por no haberlo hecho aún, le tilda de inoperante. El debate hídrico actual, descansado sobre arenas movedizas, sólo merece un psicoanálisis.

Estando cómodos los principales actores, el escenario es estable. En él encuentra el político un excelente granero de votos, el agricultor (presionado por demandas más competitivas) la garantía a sus dotaciones históricas y, en fin, el empresario el mantenimiento de la expansión económica. La política medioambiental es, sobre todo, una apuesta de futuro cuando hoy prima el carpe diem. De ahí que el freno sólo llegue con la evidencia que todo tiene un límite. Con los más directamente afectados en vanguardia. Así nacieron en los USA los movimientos NIMBY (Not In My Back Yard) que en castellano bien pudieran denominarse NEMCI (No En Mi Ciudad). El trasvase del Ebro ya los ha generado (Torís o Monóvar) y, al concretar más el proyecto, otros aparecerán.

Y esa es la letra pequeña a la que me refería. El contrapeso a la actual política de la oferta basada en la promoción de obras, el descontrol del uso y los precios políticos, es cada vez mayor. Los impactos ambientales son grandes, los ríos se mueren y la contaminación aumenta. Y a los movimientos NEMCI habrá que añadir, en el 2006, el fin de los fondos estructurales, la progresiva entrada en vigor de la Directiva Marco del Agua y, en fin, una Sociedad cada vez más preocupada por el medio ambiente. Por todo ello las generaciones futuras merecen que una nueva política comience a andar. Estos serían sus primeros pasos:

1. Concretar la gestión sostenible del agua con un claro punto de partida, la Directiva Marco del Agua, la gran ausente del actual ¿debate?
2. Consensuados los objetivos, establecer el pacto que aparte el agua de la arena política.
3. Explicarle a la Sociedad los riesgos de la política actual y el por qué de los sacrificios que se van a pedir.
4. Adecuar la actual Administración a la nueva gestión medioambiental.
5. Con la Sociedad sensibilizada y la Administración a punto, introducir políticas de gestión de la demanda tan impopulares como necesarias.

Fértiles han sido los últimos meses en artículos hídricos. Y pese a que no estoy por la labor de abundar en tan manido tema el día, el lema y el año justifican, creo, mi reflexión. Una reflexión seguida de un ruego final a quien corresponda. Al delinear a partir del 26 de mayo la nueva política del agua, no se olvide que la legislatura acabará en el 2007, más allá del fin de los fondos europeos. Agotado el principal margen de maniobra de la política actual, llega la hora de la verdad. Quien quiera que sea, ojalá dé la talla. A todos nos va mucho en ello. Sencillamente, y esta vez en serio, el Agua paga el Futuro.